

LA VIDA DE LOS LIBROS

por Rafael Vázquez Zamora



CINCO palabras en tipo muy pequeño, en el lugar donde suele figurar el traductor, dicen: «Realizó la recopilación Jorge Campos». Y esto no puede dejar de extrañarnos en una antología de poesía. Estamos acostumbrados a que el antólogo figure de un modo muy saliente como autor de esa labor de selección. La modestia de Jorge

Campos ha sido excesiva, pues su trabajo, precisamente, es en este caso mayor que el de los antólogos que siguen caminos trillados o los que, al antologizar poesía de nuestro tiempo, se valen del propio criterio de los autores. *Poesía española* (1), abarca diez siglos de nuestra producción poética, y los poemas elegidos por Jorge Campos lo han sido, o por su valor representativo de un poeta determinado, o de una tendencia, o por tratarse de esos poemas que el pueblo español lleva en la sangre —como las *Coplas a la muerte de su padre*, por Jorge Manrique— y en estos casos pueden coincidir, claro está, con lo más representativo y valioso —o sencillamente, por ser los poemas que el antólogo ha creído de más belleza formal y profundidad de contenido, y éstos son los que constituyen la mayor parte de esta breve y útil antología. Jorge Campos se ha ceñido mucho, tanto por la limitación de espacio como por el deseo de dar sólo una muestra suficientemente representativa del arte de cada poeta —aunque los más grandes figuren con más de un poema—, y el resultado ha sido una jugosa concentración lírica que deleita al lector.

Dedica el antólogo una parte proporcionalmente mucho más extensa a los poetas de nuestra época, pero aun así tropieza con el inconveniente de todos los que desean realizar una selección valorativa de la poesía contemporánea. ¿qué poetas poseen «ya» un valor perdurable? ¿Puede el antólogo permitirse la exclusión de poetas que están haciéndose y estará plenamente justificada la inclusión de los otros? Pero como quiera que en una antología general de nuestra poesía no puede faltar, para información y contraste y para presentar al lector un buen panorama, la obra de los poetas de nuestros días, incluyendo a las últimas promociones, se plantea el inevitable deber de adelantar a unos y dejar en la sombra a otros. Jorge Campos, en una brevísima introducción que supongo suya, dice que vendrán a subsanar posibles omisiones injustas «una serie de antologías posteriores que recogerán por grupos generacionales y tendencias a los poetas de nuestro siglo».

MARINO Gómez-

Santos, después de su *Clarín*, un libro sobre el Café Gijón. *Barroja y su máscara*, y la serie de largas entrevistas periodísticas que recogió en *Diálogos españoles* (Azorín, Marañón, Cela, Domingo Ortega), publica ahora otro libro de semblanzas con personajes que esta vez son mujeres famosas. En *Mujeres solas* (2) pre-



senta Marino Gómez-Santos nuevas «versiones» de Raquel Meller, Pastora Imperio, Irene López Heredia, Sara Montiel, Carmen Sevilla y Lola Flores. Todas ellas son, pues, mujeres de inmensa popularidad aunque de méritos artísticos muy diferentes y todas nos traen el ambiente de un tiempo en que su trabajo en los escenarios o en la pantalla, ha señalado los gustos de inmensas masas de público.

El procedimiento que emplea Marino Gómez-Santos en sus entrevistas en serie (publicadas todas ellas en el diario *Pueblo*), consiste en acompañar, a la figura elegida, con vocación de biógrafo-periodista, por los diversos ambientes donde se desenvuelve su vida profesional y privada, y procurar hacerlas hablar lo más posible en libertad, es decir, sin someterlas a un tiroteo de preguntas. Esta «serialización» de la entrevista produce a veces muy buenos resultados, y las incluidas en el volumen anterior eran sin duda más interesantes por la calidad de los personajes. Sin embargo, esta colección de *Mujeres solas* nos da ocasión para pensar un poco sobre lo que realmente significa la fama de canzonetistas, actrices y «estrellas» de mayor o menor magnitud. En ciertos casos, como en los de Raquel Meller y Pastora Imperio, la elevadísima categoría que adquirieron en sus actividades interpretativas, es un motivo aun más sólido para que nos preguntemos cómo hace Marino Gómez-Santos, qué habrá en realidad detrás de tanta brillantez y en qué puede consistir la auténtica y perdurable calidad de estas mujeres adoradas por tan inmenso público.

Así, le oímos murmurar: «Uno piensa qué puede quedar, para la historia, de la vida y del arte de estas mujeres. No parece fácil

predecirlo. Posiblemente, de toda su ancha y vasta popularidad, queda muy poca cosa». Es cierto que, por mucho que él se hubiera esforzado, no podría haber convertido el brillo en luz perdurable, pero la grandeza de Raquel y Pastora radica en valores artísticos inaprensibles, aunque de efectiva fuerza en la pequeña historia de una época. Al enfrentarse con la realidad de esas mujeres tales como hoy son, al hablar con ellas de sus vidas, amores y experiencias, el inefable mito se desvanece y el entrevistador se encuentra con humo entre las manos. Es tanto como querer apresar y definir la femineidad. O lo que llaman «duende». Cuando los periódicos

nos dan las biografías de las estrellas más famosas de la canción, el teatro, o el cine, no las vemos a ellas como personas, sino a sus adorables reflejos. Ahora, una nueva corriente periodística —que tiene en Del Arco su gran maestro— se esfuerza en lograr lo que, pidiendo perdon, me atrevo a llamar el *strip-tease* de la fama. O sea, van quitándoles una a una, a estas celeberrimas mujeres, las prendas con que un extraordinario y casi fabuloso éxito las ha ido revistiendo. Marino Gómez-Santos viene a decirnos: «No hay más cera que la que arde». Por eso estos retratos que él nos presenta son tan valiosos documentalmente. Nos permiten tener una visión nueva de un paisaje muy gastado.

LA producción de riqueza es un tema siempre interesante, pero la producción mágica de riqueza es como para entusiasmar delirantemente a cualquiera. De ahí que si el asunto de la novela del humorista Angel Palomino, *El César de papel* (3), fuese realista —o si lo creyésemos realizable—, éste sería el libro que más extraordinario éxito obtien-

dría en todo el mundo. Piensen ustedes en esto: un individuo modesto, un joven empleado con novia vulgarcita y alojado en pensión barata, encuentra en el viejo baúl heredado de su madre una bolsita de cuero de la cual sale, de un modo abundante y continuo, aquello mismo que hayamos metido dentro de ella como muestra. Es decir, que si introducimos en ella unas monedas de oro y la volcamos, la pequeña bolsa producirá un ininterrumpido chorro de monedas de oro. Como idea, es una buena idea, y como magia, ya hemos visto cosas más difíciles en economía.

El joven César Grijalba se encuentra, pues, con la inagotable riqueza entre las manos. Pero su sensatez le hace renunciar al oro y elegir el trigo como primera materia reproducible. El trigo siempre es solicitado por amplios sectores de humanidad. Usted vende ese trigo espléndido de la Tierra de Campos (porque, puestos ya a extraer sacos y sacos de cereal de la bolsa mágica, vale más que el puñadito inicial que echamos en ella, sea del mejor trigo posible). Usted vende, pues, ese trigo selectísimo y se puede reír de la

Jorge Campos: "POESÍA ESPAÑOLA" Marino Gómez-Santos: "MUJERES SOLAS" Angel Palomino: "EL CESAR DE PAPEL"

situación económica del mundo. Lo malo es que, como veremos, no es fácil reírse de nada cuando uno se encuentra con semejante ganga entre las manos.

En efecto, César Grijalba ofrece a los intermediarios una cierta cantidad de sacos al día, lo bastante para sacarse unas dos mil pesetitas diarias, y los intermediarios creen que se trata de un trigo que le mandan de sus propias fincas o comprado a los dueños de trigales. Y también puede convencer a su novia, porque las mujeres se creen todo lo bueno que puede sucederle a su novio, incluso lo mágico. (En el temperamento femenino está firmemente arraigada la confusión entre lo mágico y lo real.) Pero cuando César Grijalba quiere regularizar su situación con el Estado, tropieza con formidables dificultades. El Estado no cree en la magia ajena. Sólo reconoce su propia magia. Y si va usted a una ventanilla de Hacienda o a cualquier otra ventanilla similar, y le dice al funcionario que está allí detrás y que le tiende un formulario para rellenar: «Soy productor de trigos», es inevitable que el funcionario